

—¡No quiero que se sepa de dónde vengo, ni lo que me ha ocurrido!—dijo al cazador de topos y á su criado Lorenzo.—¡Si os preguntan, contestaréis que no sabéis nada! ¡Llevadme sin producir ruido á mi cuarto y no digáis nada ni á mi madre ni á nadie! ¡Mañana veremos!

Los dos hombres le entraron en el castillo con mil precauciones.

Todo dormía.

El capitán no dejó escapar una queja durante el trayecto.

Cuando le hubieron desnudado y tendido en el lecho, despidió á los dos hombres, les dió un bolsillo y les repitió con la mayor energía:

—¡Silencio!

Quedó solo.

El cazador de topos no era delicado en cuestión de camas.

Se echó sobre unos haces de paja y durmió como un lirón.

Y Lorenzo volvió á ocupar su lecho en la cuadra, repitiendo con frecuencia:

—¡Ya lo había dicho yo... que esto iba á concluir mal! ¡Los Montarón no son buenos para enemigos!...

VII

Noticias

Llegó el día: el cielo estaba encapotado, después de algunas horas de una lluvia torrencial.

Los campos de la Boca del Lobo desaparecían bajo una sábana de agua muy turbia que el sol no absorbía.

Guillermo y Juan Montarón se habían puesto en campaña para averiguar lo que había sido del capitán.

Ningún indicio les había iluminado.

Sin embargo, el caballo no estaba allí ya, y todo indicaba, al ojo penetrante de los dos hermanos, que la cabalgadura había llevado á su amo, pero pensaban que alguien había debido ayudarle.

Dieron las doce.

Era la hora del almuerzo.

Magdalena, la sembradora de la víspera, puso en movimiento una campanilla cascada para llamar á las gentes de la casa.

No estaban lejos.

El defecto capital de los terrenos pantanosos, como los de la Boca del Lobo, es que, después de una lluvia de veinticuatro horas, es preciso esperar ocho días para poder trabajar en ellos.

Magdalena se veía, pues, obligada á ocupar-

se de las cosas de la casa, por no poder trabajar en el campo.

El mayor de los Montarón, triste por la inacción, ponía en orden los útiles de que se servían de ordinario.

Guillermo y Juan, sentados al pie de la chimenea, guardaban silencio, y su madre, que estaba con ellos, remendaba una sábana.

La madre de los Montarón tenía cerca de sesenta y seis años, la edad poco más ó menos del cazador de topos.

Era una mujer delgada, de facciones enérgicas, y que no estaba desocupada un minuto.

Gracias á ella y á Magdalena, una huérfana que habían recogido siendo muy pequeña, y que formaba parte de la familia, aquel pobre interior conservaba el aspecto de limpieza y casi de desahogo que un ama de casa inteligente sabe dar á las cosas que están á su cargo.

Los vasares, cargados de platos y fuentes de porcelana, de los cuales algunos tenían más de un siglo, se veían al lado de las cacerolas, que brillaban, las llaves de la chimenea no tenían una mancha, ni estaban tomados lo más mínimo.

Si la pobre mujer se enorgullecía por ser un ama de gobierno cuidadosa, no tenía pretensiones de nobleza.

Cuando la recordaban en broma que ella era la verdadera marquesa de La Ferté-Montarón, se contentaba con encogerse de hombros y sonreír.

No contestaba, pero indicaba con la mano la casa y los miserables campos que la rodeaban, y parecía decir:

—¡Bonito marquesado!

Si su difunto esposo era en efecto el marqués de Montarón, ella no había sido más que una simple sirvienta que le había ayudado con ánimo en sus trabajos, como Magdalena ayudaba á Pedro, y con quien el probo é íntegro dueño de la Boca de Lobo se había casado, tanto por agradecimiento, como por amor.

Su marido no había tenido motivos más que para alegrarse de su elección.

¡Jamás madre alguna se sacrificó más por sus hijos! Ninguna fué más tierna, más afectuosa que aquella pobre mujer, que no tenía más que una ambición, no riquezas para sus pequeños—no pensaba en ellas—si no la tranquilidad y la dicha, que la parecían perfectas cuando los guardas del conde de Corbiere dejaban á sus hijos tranquilos y no carecían de pan ó de leña. En la Boca del Lobo tenían lo uno y lo otro, aunque no les sobraba nada.

Sin embargo, aquella mañana, cierto mal estar dominaba á todos.

Guillermo y Juan continuaban silenciosos. Juan fumaba en su pipa, y para no hacer ver su preocupación atizaba el fuego, entreteniéndose en colocar bien la leña que ardía chisporroteando ante una marmita que, por el perfume que esparecía por la cocina, debía contener algunos conejos de los cazados en el bosque de la condesa de Corbiere.

La madre no sabía una palabra de la sorpresa de la víspera.

No se la enteraba nunca de las malas noticias hasta el último momento.

Como la mayor parte de las aldeanas de alguna edad, hablaba poco.

Sin embargo, el silencio que aquel día reinaba, la extrañaba sin duda y debía molestarla, porque dijo por romperlo:

—¿No se ha visto á Teresa esta mañana?

Magdalena contestó:

—Todavía no.

Juan dijo por su parte:

—Estaba mal anoche! ¡Habrá dormido poco y tal vez ahora duerma!

La criada levantó la tapadera de la marmita.

Un perfume delicioso salió de ella.

—¡Vamos—dijo alegremente,—no moriremos de hambre por hoy! ¡Será la condesa quien nos haya proporcionado este guisado; pero no de buena gana, de seguro!

La alegría de la pobre joven no encontró eco.

Guillermo, el diplomático de la casa, estaba visiblemente preocupado.

A cada momento volvía la cabeza hacia la puerta, como si temiera ver aparecer en ella algún gendarme portador de un mandato de prisión, ó al juez rodeado de personas de justicia.

No fué ni un juez ni un gendarme quien apareció en ella.

Fué el gracioso rostro de Teresa.

Estaba muy pálida.

Juan había tenido una buena inspiración al atribuir aquella palidez á un malestar, porque la madre, intranquila, agobió á su hija á preguntas acerca de su indisposición, y la propuso una serie de tisanas que la desgraciada rechazó diciendo:

—¡Si, he estado un poco enferma!... ¡No ha sido nada; ya ha pasado!

Pero se la veía profundamente triste.

Sus hermanos trataron de consolarla y de tranquilizarla.

¡Aquellos rústicos, de corazón duro para sí mismos, guardaban para aquella criatura, la flor de aquel desierto, una ternura que nada podía agotar ni disminuir!

Se valieron de mil medios de una extrema delicadeza para sostenerla y animarla.

Pero sus esfuerzos no conseguían más que hacer asomar á sus pálidos labios una sonrisa abortada, y cuya pesadumbre no comprendía nadie más que ellos.

En pocas horas había quedado destrozada su vida; el sueño de dicha que acariciara se había desvanecido; un rayo le había disipado.

Teresa oía aún, por decirlo así, el silencio glacial con que el capitán había contestado á la pregunta que ella le había dirigido con voz angustiada, como si su vida y su porvenir hubiesen dependido de la decisión que él tomara.

Y en el fondo, en las meditaciones de una

larga noche en vela, se había visto obligada á decirse que el capitán tenía razón.

¿Qué podía pensar de ella?

Había llegado; sus ojos se habían comprendido en seguida... Al día siguiente la había vuelto á encontrar á la ventana, para esperarle sin duda... y á los pocos días se había arriesgado á escribirla.

Ella debió negarse á recibir sus cartas, y las había cogido como si una fuerza misteriosa la obligara á hacerlo.

Las había leído y releído cien veces y las había contestado, sin pensar que cometía una imprudencia y que se dejaba embriagar poco á poco por aquel veneno delicioso que la quitaba el sentido, como el opio á los orientales.

Después, una noche, había entrado el capitán en su cuarto, de improviso, para sorprenderla, y á despecho de sus súplicas y de su resistencia, la irreparable falta se había cometido.

¡Sí, esto era un sueño!

¡Qué doloroso despertar!

¡Qué catástrofe había ocurrido!

En pocos minutos el mal se había hecho irreparable, como su falta.

¡Todo había concluído para ella!

¿Y de él, que había sido?

Teresa hubiera dado diez años de vida por saberlo.

Sentada cerca del hogar, con la mirada vaga, errante sobre los rojizos carbones, sin ver nada, sin comprender nada, sino era que esta-

ba perdida, sin recursos, de pronto oyó que su hermano Juan exclamaba:

—¡Calla! ¡el cazador de topos!

Era él, en efecto, el gran vagabundo, el huésped de todas las granjas, el ciudadano de todas las aldeas, el corredor de todos los caminos.

En verdad que llegaba á punto.

El cazador se paró en el dintel y dijo:

—¡Buenos días tenga la gente honrada!

Su fisonomía no era desagradable.

Su nariz, un poco larga, anunciaba viva inteligencia, menos viva, sin embargo, que sus penetrantes ojos grises, que debían ver en la obscuridad como los de las zorras y los de otros habitantes de los bosques.

Los paseó sobre todos los allí reunidos, llevándolos del pálido rostro de la joven á la tostada faz de los dos hermanos y á la de la madre, y sus delgados labios parecieron murmurar lo que acaso bullía en su mente.

Esta idea era que sólo Juan, Guillermo y Teresa conocían el drama de aquella noche, y que el resto de la familia no sabía nada.

Un ruido de zuecos que se movían detrás de él le hizo avanzar.

Era el mayor de los hermanos que llegaba y que al ver al anciano se animó.

—¡Calla! ¿sois vos?—dijo tendiéndole la mano.—Llegáis oportunamente, amigo mío. ¿De dónde venís?

El cazador de topos contestó redoblando su atención:

—¡Nada menos que del castillo, en donde he pasado la noche!

El golpe produjo el efecto propuesto.

Tres pares de ojos se volvieron hacia él con distintas expresiones.

Eran los de Teresa, á quien un estremecimiento había agitado de pronto, y las salvajes pupilas de los de Guillermo y Juan.

Ni la madre, ni el hermano mayor, ni Magdalena habían pestañeado.

La prueba estaba hecha.

—¡A la mesa!—dijo Pedro con su acostumbrada dulzura.—¡Colocaos aquí, cerca de mí, abuelo!

La casa de la Boca del Lobo pasaba por una de las más hospitalarias de aquel país pobre.

Allí se encontraba siempre lo que se llama un plato de buena voluntad, y con frecuencia una pierna de corzo ó una cabeza de jabalí, que no costaba á los Monterón más que un tiro y algunas horas de paciencia en el acecho.

Además las gallinas de la granja suministraban huevos y las vacas manteca.

La huerta daba coles y ensaladas.

Durante algunos minutos no se oyó más que el ruido producido por los tenedores y cuchillos; pero Juan, no pudiendo dominar la curiosidad preguntó al huesped:

—¿Decís que venís del castillo y que habéis pasado allí la noche?

—Y que he dormido como un rey, gracias al viejo Lorenzo.

—¿A qué hora llegásteis allí?—preguntó Guillermo.

—Serían las once ú once y media...

—¿Y qué ocurría en el castillo á esa hora?

—¡Cosas extrañas!

—Conocéis á Lorenzo, ¿no es verdad?

—Es un bello sujeto; ha sido siempre muy bueno con nosotros dijo la madre.

—Lorenzo me contó que el señorito Rolando había salido de parranda y que le estaba esperando; que el capitán tenía el diablo en el cuerpo y se complacía en galantear á las muchachas para divertirse con ellas y reirse después con sus compañeros; que hacía mal...

Teresa bajó la cabeza y se puso aún más pálida de lo que estaba.

El cazador no perdía una sola de sus emociones; pero fingía no mirarla.

—Lorenzo me dijo—añadió—que estaba intranquilo; que su amo no volvía; que era ya tarde y que temía le hubiese ocurrido algo.

—¿Qué más?—preguntó Guillermo.

—Después—repuso el viejo—hé aquí lo que pasó.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

Los de Teresa se habían agrandado por la ansiedad que la oprimía el corazón.

—Me había acostado y roncaba como un bienaventurado, cuando me despertó bruscamente Lorenzo diciéndome: «arriba». Me puse en pié en seguida y le seguí. ¡El señorito del castillo estaba allí; pero en qué estado! Empapado de arriba á abajo, tendido sobre un haz

de paja y parecía estar pasando un martirio; pero no lanzaba un quejido. Lorenzo me contó en pocas palabras que había venido de lejos en el caballo, al paso, pudiendo apenas sostenerse, próximo á desmayarse y á espirar á cada sacudida. Sin embargo, hablaba. Nos dijo: «Subidme á mi cuarto, sin hacer ruido... No quiero que se sepa...» A cada palabra se detenía jadeante; tenía la mirada extraviada. Obedecimos, le trasportamos á su cuarto al través del castillo, en donde todo el mundo dormía; no se oía el más leve ruido. Lorenzo quería prevenir á la condesa.

El capitán dijo con viveza: «¡No, no!...» Y cuando después de haberle desnudado, le acostamos en su lecho, repitió: «¡Ni una palabra á nadie, os lo prohibo! ¡Marchaos!» Y en seguida cerró los ojos. Principió á delirar... Pronunciaba nombres...

—¿Qué nombres?—preguntó Guillermo.

—No me acuerdo bien... Nombres desconocidos.

—¿Y esta mañana?

—Esta mañana parece que sigue muy mal. La condesa ha enviado propios en busca de médicos á Blois y á poner despachos para París. En el castillo hay un movimiento que parece un hormiguro cuando se le pisa.

—¿Pero no saben de dónde volvía?—preguntó Juan.

—No. A nosotros no quiso decirnos nada anoche, y esta mañana está bien incapaz de hablar. Temen que los médicos no lleguen á tiempo.

Los ojos de Teresa se llenaron de lágrimas. Pedro, que estaba cerca de ella, la preguntó en voz baja:

—¿Qué tienes?

—¡Yo, nada!—contestó, procurando dominarse.

Juan, que se había enterado de esto, y que estaba al otro lado de ella, la dijo también en voz baja:

—¡Domínate! ¡Madre te mira!

Ella hizo por fin un supremo esfuerzo y contuvo sus lágrimas.

Cuando se levantaron de la mesa, sintió el huésped que una mano pesada se posaba sobre uno de sus hombros, y que le decían:

—Ven, tenemos que hablarte.

Era Guillermo quien le había puesto la mano sobre el hombro, y quien eso le decía.

Juan estaba al lado de su hermano.

Salieron al patio y allí comenzó Guillermo, diciendo:

—¡Tú no has dicho todo lo que sabes!

El cazador de topos le miró y esperó.

Guillermo repuso:

—Esta noche ha llovido á cántaros.

—Sí.

—La lluvia ha borrado muchas huellas.

—¡Tanto mejor!—dijo el anciano.

—No las ha borrado todas, sin embargo—añadió Guillermo.—En el sitio en que el capitán de Corbiere había atado su caballo, quedan impresas dos.

—¿Cuáles?

—La suya y la de tus zapatos—dijo.

—¡Ah!

—Tú eres quien le ha ayudado á volver al castillo.

—Es verdad.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

El anciano miró á Guillermo con compasión.

—¡Me extraña la pregunta en ti, que eres tan malicioso!

—Dilo.

—¿Y tu madre qué hubiera pensado? ¿Y Pedro y Magdalena que nada sabían! ¿Á qué causarles la pena de decirles que Teresa era la causa de lo ocurrido al señorito? ¡Sí, yo fui quien le ayudó á volver á su casa! Venía yo á pedir os albergue por esta noche y encontré al capitán moribundo... Me habló, le conduje adonde estaba su caballo y empleamos dos horas en llegar al castillo... En cuanto á lo que ha pasado aquí, yo nada he visto ni sé una palabra. El capitán nada ha dicho y yo creo que él no os descubrirá. Puede ser culpable, pero es un valiente. En cuanto á mí, ya sabéis que no tenéis nada que temer. Sé mucho; pero el Cazador de topes sirve á los amigos y no los vende!...

Los dos hermanos cambiaron con el anciano un apretón de manos.

El cazador añadió:

—La justicia tomará parte, tal vez, en el asunto; pero no hay cuidado. Estáis prevenidos... Además un galanteador se expone á eso.

si no el oficio sería demasiado bueno! ¡Hasta la vista!

—¿Nos dejas?

—Sí, tengo que hacer; pero volveré...

Cogió su palo, que había dejado en la cocina, y despidiéndose de la madre de los Montarón y de los que allí había, salió.

Al llegar al pórtico le alcanzó Teresa.

La pobre joven no pudo contenerse; lloraba á lágrima viva, su dolor había estallado.

—¡Oh!—dijo en tono de súplica y sollozando.—¿Volveréis pronto? ¡Me diréis cómo está, ¿no es eso?

—¡Sí, voy á ver! ¡No tengas cuidado!...

En dos palabras se habían comprendido.

La joven lo había confesado todo; el anciano lo había prometido todo.

Se alejó de prisa.

Teresa subió á su cuarto, se asomó á la ventana y le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido en el bosque.